

EL VIAJE DEL LECTOR

Italia

Un inolvidable itinerario en familia que une los canales de Venecia con los rincones románticos de Verona, Florencia, Roma, el Vaticano y Capri.



Sandra Bogliotti

Empleada. Vive en Pedernales (provincia de Buenos Aires) y viajó a Europa en mayo de 2013.

Hace tres años y medio pude cumplir mi sueño de conocer Venecia. Viajé a Italia con mi esposo Rubén y mi hijo Emiliano, de 14 años. El país me pareció majestuoso, simple, de gente sencilla y muy parecida a los argentinos. Apenas llegamos, ya me sentí "como en casa". Primero visitamos Verona -donde conocimos el famoso balcón de "Romeo y Julieta"- y de ahí seguimos viaje a Florencia, la cuna del arte.

Venecia resultó ser tal como la imaginaba durante mi niñez. Tiene ese encanto de estar rodeada de agua, con sus calles muy angostas, innumerables puentes y restaurantes uno al lado del otro, junto a las góndolas que navegan constantemente por los canales. Confiero que me asusté un poco mientras paseábamos a bordo de una de esas embarcaciones y, de golpe, apareció ese sector tan ancho del Gran Canal.

Era tal la cantidad de góndolas que parecía que se rozaban entre sí.

Nuestro inolvidable periplo continuó al día siguiente en Roma. El lujo de los museos de El Vaticano nos dejó sin palabras. La Basílica de San Pedro es un lugar impresionante, así como fue muy emocionante ingresar a la Capilla Sixtina. Ni hablar de lo que significó para todos nosotros haber tenido el privilegio de estar tan cerca del entonces papa Juan Pablo Segundo. También tuvimos la inmensa suerte de conocer el Paraíso: es decir, la bellísima isla de Capri. No me quedan palabras para describir ese hermoso sitio.

El hecho de haber emprendido el circuito Eurobús nos permitió también conocer España. Más que nada nos llamaron la atención los edificios tan altos, las calles angostas, la Plaza de Toros y la amabilidad de la gente. El itinerario continuó en Francia. Pasamos por Blois y Burdeos y llegamos a París con mucha emoción porque desde la orilla del río Sena pudimos reconocer la Torre Eiffel. Apreciamos la espectacularidad del Palacio de Versalles y la cúpula de oro del Monumento a los Inválidos. En Suiza nos encontramos con paisajes que parecían salidos de los libros de cuentos.

Finalmente, nuestra capacidad de asombro se vio colmada en la fábrica de autos y museo de BMW (en Munich, Alemania) y en Innsbruck, Austria, un lugar refinado, donde los barcitos ofrecían tortas muy ricas. Sin dudas, fue el viaje que recordaremos con todo nuestro ser.